

**SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**25 de Diciembre de 2015**  
**Is 52, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18**

A plena luz del día, hermanos y hermanas, la liturgia nos lleva a penetrar la realidad profunda del hijo de María, que esta noche contemplábamos acostado en un *pesebre* en la serenidad del establo al que acudían los pastores. Enterados de que Dios había visitado a su pueblo, se acercaron al niño y en la simplicidad de su corazón vieron *con sus propios ojos* lo que les había sido anunciado, reconocieron en el bebé en pañales al Mesías Salvador, y contaron a todos lo que habían visto y lo que les habían dicho de aquel niño (cf. Lc 2, 15-17). Fueron los primeros testigos del Mesías y su testimonio maravillaba todos.

Esta mañana, en cambio, se nos despliega con toda su grandeza la identidad del recién nacido, particularmente a través del evangelio de san Juan, pero también de la carta a los Hebreos; ambos ven realizada en Jesús la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura. Jesús, este niño en pañales que todavía no habla, es la *Palabra* que nos revela el rostro del Dios invisible. Es la expresión más perfecta del Padre porque desde siempre ha estado en diálogo de amor con él. Ante la falta de fruto en las manifestaciones antiguas de la *Palabra* divina a través de los profetas, ahora, en un momento bien determinado de la historia, esta *Palabra* toma un rostro humano, el de Jesús, para enseñarnos a conocer al Padre y para enseñarnos también a conocernos a nosotros mismos con la profundidad humana y espiritual que Dios nos ha dado.

Jesucristo, *Palabra* de Dios hecha hombre, es la fuente que puede llevar a la humanidad a vivir plenamente su existencia, tanto la vida corporal como la vida espiritual que viene del encuentro con Dios. Todos los seres humanos, sea cual sea su origen y su condición, pueden recibir de él los criterios que orientan la propia vida hacia su plenitud, tal como Dios, el Creador, lo ha pensado con un amor entrañable. Por eso ante Jesucristo hay que tomar una opción, tal como indicaba el evangelio que hemos escuchado: *Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.* Quien lo acoge encuentra la vida, la luz, el sentido de su existencia, la comunión de amistad con Dios. Quien no lo acoge se queda en la oscuridad, embotado en su condición humana, privado de la riqueza de conocer a Dios y de la confianza que infunde este conocimiento.

En la alegría de la Navidad, los que hemos creído en Cristo, somos invitados a renovar nuestra opción por él, nuestra voluntad de dejarnos guiar por su *Palabra*. Sobre todo, cuando sabemos que el nacimiento de Jesucristo es fruto del amor entrañable y misericordioso de Dios que nos lo da para que nos salve y nos libere de todo lo que nos abruma y desdibuja nuestra condición humana creada a imagen y semejanza del Cristo. Existe una relación íntima entre la Navidad y el Misterio Pascual, desde el momento que Jesucristo, *que a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango ...Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajo hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz* (cf. Flp 2, 5-11). Todo para restaurar nuestra persona integral, para reconciliarnos con Dios y hacernos participar de su gloria al término de esta vida sobre la tierra.

Desde su nacimiento, "el Hijo de Dios sale al encuentro de todos, sin excluir a nadie" para anunciar a todos "la misericordia de Dios" que constituye el "corazón palpitante del Evangelio" (cf. Francisco, Bula "Misericordiae Vultus", 12). En este año jubilar lo

debemos vivir de una manera particular. Y debemos ser portadores de misericordia en nuestras relaciones, en nuestras actividades, en nuestros compromisos. Esta misericordia, que no es otra cosa que un amor entrañable sobre todo hacia los pequeños y los necesitados, debe traducirse en obras concretas. Una puede ser hacer una aportación a la colecta que realizaremos terminada la celebración; el total de la aportación de todos los que lo deseen será entregado a Cáritas para atender tantas situaciones de pobreza y de marginación que se dan cerca o lejos de nosotros.

La celebración de la Navidad es un momento fuerte dentro de nuestro peregrinar cristiano, que nos permite afianzar nuestra fe en el Hijo de Dios hecho hombre, mientras vamos avanzando hasta la casa del Padre, por el camino que nos ha abierto Jesucristo. Por ello, en la oración final de nuestra celebración pediremos que Cristo "nacido por nosotros" para hacernos "nacer a la vida divina, nos conceda el don de la inmortalidad" (cf. poscomión).

El Misterio del nacimiento de Cristo está presente en esta celebración; pero, al igual que en su primera venida, sólo puede ser percibido con la mirada de la fe. Los pastores, en el signo de un pobre niño colocado en un *pesebre*, descubrieron *al Mesías, el Señor*, y glorificaban y alababan a Dios por lo que habían visto, que los confirmaba el anuncio gozoso que habían recibido (cf. Lc 2, 17:20). En esta celebración, con una mirada de fe similar, debemos percibir al mismo Cristo, nacido de la Virgen María, bajo los signos del pan y del vino. Está ahí para seguir compartiendo nuestra humanidad para que nosotros podamos compartir su divinidad y su vida inmortal.

Glorifiquemos, pues, a Dios y alabemos a Dios por lo que hemos visto y oído en la celebración de la Navidad. Y contemos a todos lo que sabemos de este niño; lo que sabemos y creemos de Jesucristo.